



GONZALO IRIBARNEGARAY

MÁS ALLÁ

del

MAR

El viaje más importante de la historia,
como nunca te lo habían contado

Año 1482. En un pequeño pueblo pesquero del señorío de Bizkaia vive Aimar, un joven ballenero deseoso de aventura que se enfrenta a su primer gran viaje. Después de una travesía hacia la fría e inhóspita Terranova, el entusiasmo del vizcaíno por conocer más allá de su propio mundo se vuelve aún más intenso y pronto partirá hacia el sur de la península. Allí conocerá a un marino genovés que, tras escuchar sus relatos y con la férrea convicción de que la tierra es redonda, le propone embarcarse juntos en la mayor aventura de la historia de la humanidad: atravesar el océano para llegar a las Indias.

Cristóbal Colón convencerá a Aimar para viajar con él en una travesía que los llevará a través de los acontecimientos que dieron comienzo a la época moderna. En el camino compartirán sus hazañas y entrelazarán sus vidas con distintos personajes, desde una joven musulmana granadina, a un intrépido joven tibetano y una familia de aztecas que, en pleno esplendor del imperio mesoamericano, se verán invadidos por el fuego, las armas y los caballos españoles.

Gonzalo Iribarnegaray escribe en esta novela una carta de amor a los viajes, a las culturas que se unen y los maravillosos rincones de la tierra y de uno mismo que se descubren cuando se emprende una aventura.

*Los padres, hermanos y pareja de Gonzalo
a menudo le hemos oído decir que esta novela
la iba a dedicar a su hija Noa.*

*Más allá del mar y Noa han crecido juntas
a través del amor y complicidad padre e hija,
en esas innumerables lecturas nocturnas
improvisadas que provocaban dulces sueños
con otros mundos y animaban a vivir
aventuras sin igual.*

Siempre juntos más allá del mar

Año 1492

1

El capitán subió las escaleras del viejo edificio a la cabeza de cinco hombres. Su mano izquierda portaba un candil que iluminaba sus pasos y alargaba las sombras. La diestra bordeaba la empuñadura de su espada, que descansaba colgada del cinto. Se giró y acercó el índice a los labios para indicar silencio, aunque todos ascendían ya con sigilo. Las maderas se quejaban suavemente bajo sus pies y nada más se escuchaba. Cuando alcanzó el primer piso, un pequeño roedor se cruzó en su camino y desapareció asustado. El capitán lo siguió con la mirada por un instante. Después observó el estrecho pasillo que se abría frente a él, caminó hasta la tercera puerta y esperó a que sus hombres se situaran a ambos lados. Luego asintió con un ligero movimiento de cabeza. Uno de los soldados dio un paso atrás, tomó carrerilla y se arrojó contra la puerta con el hombro por delante. La cerradura cedió y todos entraron en tropel con las espadas desenvainadas.

En el interior, un hombre dormía sobre un jergón. Se incorporó sobresaltado, aún enredado por un inquietante sueño, y alargó la mano hacia su daga. Cuando la sintió entre los dedos, el capitán le acertó con un puntapié y la perdió. Intentó enderezarse de nuevo y defenderse, pero ya tenía la punta de una espada en el gáznate, otra en mitad del abdomen y dos ballestas apuntándolo. El capitán lo obligó a levantarse y acercó el candil a su rostro.

—¿Es este? —preguntó a un anciano enjuto que había entrado tras ellos.

—Lo es.

—Bien —casi susurró el capitán, y entregó la lámpara a uno de los suyos.

Entonces en un movimiento ágil y rápido, se giró sobre sí mismo y golpeó al hombre en la boca del estómago, con tanta fuerza que este cayó sobre sus rodillas.

—Date por preso.

Año 1482

2

En Algorta, pequeño pueblo pesquero del señorío de Bizkaia, reinaba la calma en un día gris y desapacible. La pequeña playa permanecía dormida y el silencio solo se rompía con el vaivén del débil oleaje. La brisa agitaba las mechas de las tres mujeres que remendaban las redes, impasibles ante la amenaza de lluvia. Aimar, un joven nacido en el pueblo, las saludó al pasar; después, desapareció escaleras arriba, cruzó la empedrada plaza y entró en su vivienda. En la pequeña habitación principal descolgó un impresionante arpón, un asta de madera de haya embutida en un lanzón de hierro con una uve invertida en su extremo. Apoyó la base en el suelo y lo colocó en vertical. Sobresalía varios palmos por encima de su cabeza, y él era ya bien alto. Se sentó en un taburete, acomodó el arpón sobre sus piernas y lo acarició con su mano derecha. Lo hacía con una delicadeza impropia de unas manazas como las suyas. Llevaba dos años cazando ballenas con lanzas de apoyo, pero la siguiente cacería sería diferente: iría de arponero.

Su madre apareció en la habitación, silenciosa y vestida de negro como acostumbraba. Sus ojos cansados lo observaron con una mezcla de tristeza y orgullo. Su hijo ya tenía diecisiete años, se hacía hombre. Él continuó concentrado en el arpón sin advertir su presencia. Su padre se lo había regalado poco antes de morir ahogado bajo las aguas del Cantábrico, pero aún no lo había utilizado.

De pronto alzó la mirada y encontró la de su madre. Esta no movió un solo músculo de su arrugado rostro. Tampoco dijo nada. No hacía falta.

Aimar se incorporó y volvió a colgar el arpón sobre los soportes de la pared. Lo observó brevemente. Después se

acercó a su madre y la besó. Ella cerró los ojos e inspiró aún en silencio. En ese instante, como si el ritual del arpón lo hubiera provocado, el agudo grito de una mujer congeló la escena.

—¡Ballena! ¡Ballena!

El corazón de Aimar se aceleró. Agarró de nuevo el arpón, esta vez con mano más temblorosa. Sus miradas se sostuvieron brevemente. Leyó el miedo en los ojos de su madre, que aun así no abrió la boca. Después salió de la vivienda a la carrera. Bajó las escaleras de la plaza de tres en tres y se ancló en lo alto de la pequeña colina que había junto al pueblo. Desde la atalaya, un espeso humo se elevaba en el aire. ¡Sí, era la señal! En ese instante las campanas de la iglesia comenzaron a tañer.

Arponero, a partir de ese día, sería arponero.

Llegó a la arena. Otros hombres corrían junto a él. Algunos llevaban lanzas, jabalinas y azagayas. Él, su arpón. Oteaban el horizonte tratando de distinguir los soplidos de las ballenas mientras continuaba el repiqueteo de las campanas. Los niños y las mujeres también llegaron para verlos partir y en pocos minutos la solitaria playa se inundó de movimiento. Comenzó a llover. Los cazadores cruzaron el pequeño amarradero de madera y subieron a la carabela. Pronto las velas fueron izadas y la embarcación se movió. Las expresiones de los que quedaron en tierra oscilaban entre alegres y preocupadas, y así permanecieron hasta que esta se alejó hacia el grisáceo horizonte.

El mar descansaba en calma bajo la madera del casco. La lluvia creaba círculos en el agua. Una decena de hombres se encargaba del manejo de la carabela mientras la veintena de cazadores preparaba sus armas. De cuando en cuando, se escuchaba alguna orden por encima de los susurros de las escasas conversaciones. El viento había aflojado y, a pesar de que las velas se hinchaban sin ganas, poco a poco pudieron acercarse a sus presas.

—¡Son dos ballenas! —exclamó alguien.

Varios hombres se asomaron por la borda. Gorka, un primo de Aimar unos años mayor que él, señaló con el dedo donde nadie miraba.

—¡También hay una pequeña! ¡Es una pareja con su ballenato! —añadió.

Las ballenas emergían con suaves movimientos. Aimar las observaba con un hormigueo del que no podía liberarse. Su rostro, de nariz y mandíbula anchas, mostraba gran seriedad.

—Vamos —lo animó Gorka, más experimentado—, esto será tarea fácil. Lo harás bien.

El joven sonrió sin ganas. Tenía el arpón junto a él y lo apretaba con fuerza. Cada poco tiempo se obligaba a aflojar la presión, aunque al momento se descubría apretando de nuevo.

De pronto el macho saltó con gran potencia. Su enorme cuerpo se elevó en el aire y cayó con el dorso arqueado, reventando el mar, dejando un oleaje concéntrico muy cerca de la carabela. Algún marinero dio un paso atrás.

Poco después, tres *txalupas* flotaban sobre las aguas.

—Vamos. Bogad. Bogad —animaba en voz baja uno de los timoneles.

Cada bote era impulsado por seis remeros. El forro de pieles engrasadas que cubría la carena permitía avanzar sin ruido alguno. Ya no llovía, aunque una ligera niebla los había rodeado. Únicamente se escuchaban las finas palas de los remos, que casi no chapoteaban para no espantar a las presas. De vez en cuando, las ballenas, elegantes y silenciosas, asomaban sus torsos grises y se perdían bajo el agua. Las miradas de los balleneros se movían atentas.

Los timoneles marcaron diferentes direcciones, procurando rodearlas.

Aimar iba en pie en la proa de una de las *txalupas*. La larga melena castaña y enmarañada le caía por la espalda. Continuaba agarrando el arpón con tanta fuerza que su mano palidecía. Comprobó una vez más que la cuerda amarra-

da a su extremo no estuviera enredada con nada. Se giró y observó el rostro concentrado del timonel, que dirigía la *txalupa* desde la popa con un remo a babor, consciente de que las vidas de quienes allí estaban dependían de su destreza, responsable como era de que la pequeña embarcación no se hundiera frente a unas gigantescas bestias que pronto estarían enfadadas y doloridas. Aimar se giró de nuevo y volvió a fijarse en el mar, buscando los cuerpos que aparecían y desaparecían. Sentía unas ganas irresistibles de arrojar su arpón, de comenzar con aquello y dejar atrás la tensa espera. Su primo advirtió su ansiedad y le susurró a la espalda:

—Tranquilo, que ya falta poco.

Entonces Aimar abrió mucho sus grandes ojos; el ballenato asomaba a la superficie a pocas varas de distancia del bote. Se volvió una vez más hacia el timonel y ambos cruzaron una mirada cómplice. Conocían el fuerte vínculo familiar de las ballenas y sabían que si herían a la cría, su madre no la abandonaría jamás. Tampoco se alejaría el macho, que no dejaría a su hembra desamparada.

La *txalupa* desvió el rumbo unos grados, se acercó al ballenato y se situó muy cerca de él.

Era el momento.

Aimar alzó su brazo tomando impulso, apretó los dientes con los ojos entrecerrados y disparó el arpón con todas sus fuerzas. Se hundió en la capa de grasa, en la parte posterior de la cabeza, y allí quedó clavado firmemente. Sonrió excitado y orgulloso, pero poco lo pudo celebrar porque un instante después, un furioso coletazo de la hembra hizo saltar la *txalupa* en numerosos pedazos y a sus tripulantes, volar por los aires.

3

En el origen de los tiempos, los dos primeros dioses aztecas formaron una sagrada unión y engendraron cuatro vástagos bautizados como Xipe, Tezcatlipoca, Quetzalcóatl y Huitzilopochtli. Su vida condicionaba la existencia y su muerte traería la destrucción y el holocausto. El equilibrio se sostuvo un tiempo, pero después surgieron desavenencias entre ellos y comenzó una titánica lucha por el poder del universo.

Quetzalcóatl, dios de tez blanca y barba oscura, aborrecía los sacrificios de sus hermanos. Fundó un reino de paz y dotó a los humanos del conocimiento de la agricultura y el arte, pero fue vencido y acabó expulsado hacia oriente más allá del mar. Antes de marchar juró regresar y castigar a aquellos que siguieran a sus hermanos y enemigos.

En un lejano rincón, en un tiempo remoto, un pueblo errante vagaba en busca de la tierra prometida. Seguían a su dios de la guerra, Huitzilopochtli, el hechicero pájaro mosca que con forma de colibrí les indicaba el camino para conquistar el mundo. Sus enemigos eran muchos y los peligros, continuos. Cruzaban grandes montañas y recorrían largas llanuras, siempre hacia el sur. Padecían los calores del desierto, los fríos de las nieves, los grandes temporales y las noches oscuras. Se alimentaban de serpientes, pájaros y sabbandijas. Y allá donde iban sufrían el desarraigo de quien no pertenece a lugar alguno. Hasta que, tras muchas vidas, llegaron a orillas del lago Tezcucó, unas hermosas aguas situadas a más de dos mil varas de altura. En mitad del lago emergía una isla de rocas cubierta de numerosos nopales.

Y de pronto, ante los sorprendidos ojos de aquel pueblo nómada, apareció un águila real sobre una rama. En su poderoso pico se revolvía una serpiente que nada podía hacer para evitar ser devorada.

—¡Es la señal! —gritaron los chamanes fuera de sí.

Tras quinientos años, por fin encontraban la señal que su dios Huitzilopochtli les había ordenado buscar. Sobre aquella isla surgiría una enorme ciudad, la capital de un gran imperio que dominaría el mundo. La llamarían Tenochtitlán y sería el orgullo del pueblo azteca.

Iztli agarró el brazo de uno de los sirvientes antes de montar torpemente en la canoa. El sol aún no se había puesto cuando las primeras antorchas brillaron en la ciudad. La mujer se sentó en la parte trasera y sonrió a su esposo cuando este se acercó y apoyó la mano sobre su abultada barriga.

—Van a ser dos grandes guerreros.

Acóatl la observó con expresión preocupada. Habría preferido que permaneciera en casa, pero ella había insistido en asistir al sacrificio. Los sirvientes aguardaron unos segundos y entonces comenzaron a remar. Al igual que muchos otros, navegaron por los canales de la ciudad hacia el Templo Mayor, una gigantesca construcción situada en el centro de Tenochtitlán y, según la cosmovisión azteca, también en el centro del universo.

Llegaron a un pequeño amarradero donde los sirvientes ayudaron a Iztli a desembarcar. En las calles, aunque abarrotadas, reinaba el orden habitual de Tenochtitlán. Los ciudadanos les dejaban paso mientras admiraban el traje de piel de coyote y el casco con las fauces de un jaguar de Acóatl, símbolo distinguido de los grandes guerreros. Su rostro era atractivo, muy moreno, de facciones marcadas, pómulos redondeados, nariz ancha, mandíbula fuerte y boca grande. Iztli, toda de blanco, con lucidos pendientes y

brazaletes adornados con plumas de colores, avanzaba con esfuerzo mientras soportaba el excesivo peso de su doble embarazo.

Entraron en la gran plaza por una de las cuatro calzadas que morían en ella. En una esquina, un grupo de actores representaba escenas de la mitología azteca y caracterizaba a diferentes animales salvajes. Un enorme guerrero desplegaba su figura encarnando a Huitzilopochtli, su dios tribal y dios de la guerra. En una frenética danza al ritmo de tambores, daba grandes saltos con ágiles contorsiones, aullando como una bestia salvaje. De pronto se detuvo y abrió su gran boca mostrando más de diez espinas de maguey atravesadas en la lengua. Encendió una gran antorcha y observó al público con la expresión desencajada, como en trance. Extendió su mano, la acercó a la llama y, finalmente, dejó caer sobre ella la resina ardiente, ofreciendo así su mortificación al dios que representaba.

Los sirvientes de Acóatl abrieron camino para que la pareja pudiera pasar. Antes de llegar al Templo Mayor, se detuvieron unos instantes junto al altar de las calaveras, donde decenas de miles de ellas hablaban de los sacrificios ejecutados. Acóatl cruzó una mirada de orgullo con su esposa al pensar que esa misma noche se sumaría el cráneo de otro guerrero capturado por él mismo. Continuaron caminando y frente a ellos apareció el Templo Mayor, una enorme construcción de forma piramidal. Con su altura de ochenta varas y sus más de cien escalones, permitía el acceso a los distintos niveles celestes y del inframundo. La gigantesca plataforma de la base representaba el nivel terrenal. Sobre ella, otras cuatro más simbolizaban otros tantos cielos. Al frente, dos escaleras paralelas orientadas hacia el este conducían a los templos de Tláloc, dios de la lluvia, y Huitzilopochtli, dios de la guerra.

El matrimonio ocupó uno de los principales asientos entre la nobleza de la ciudad, en un promontorio elevado. Por el camino, saludaron y conversaron brevemente con algu-

nos cargos del gobierno de Tenochtitlán. Pieles de jaguar, cascos con picos de águila, colgantes de garras y colmillos, coloridas plumas y telas de calidad abundaban por allí. A muchas varas bajo sus pies, miles de ciudadanos aguardaban a que comenzara el sacrificio. La música de tambores y flautas surgió desde algún rincón y en lo alto del templo aparecieron seis sacerdotes. Como única vestimenta utilizaban pieles de depredadores, y pinturas de colores adornaban sus cuerpos y sus rostros. Las orejas, narices y labios lucían diversos huesos, garras de animal y espinas de arbustos que los atravesaban. El público los ovacionó hasta que el sacerdote principal caminó al frente y se detuvo en lo alto de las escaleras. Alzó los brazos y clavó la mirada en el cielo, apuntando al sol. Después comenzó a hablar:

—La lluvia ya no cae. Nuestras tierras agonizan de sed y nuestros cultivos se mueren con ellas... ¡Y nuestros hijos pasan hambre! —Su grave voz se elevó con autoridad sobre un supersticioso silencio. Extrajo un cuchillo de pedernal de la cintura y elevando de nuevo los dos brazos hacia el cielo lo alzó por encima de su cabeza—. Igual que los dioses se arrojaron al fuego sagrado para convertirse en el sol y la luna, nosotros debemos entregar sangre y vida para completar el ciclo cósmico y garantizar la supervivencia del universo. —Miles de almas lo contemplaban a los pies del Templo Mayor. Los otros cinco sacerdotes aguardaban tras él inmóviles—. Y por eso entregamos como sacrificio a Huitzilopochtli estos corazones que traerán lluvia y fertilidad a nuestras tierras.

En ese momento, los guardias aparecieron con varios prisioneros maniatados. El público estalló en un sonoro rugido de aprobación. El sacerdote hizo una señal de asentimiento y uno de los prisioneros fue obligado a caminar. Se resistió, pero los guardias lo forzaron a tumbarse sobre la piedra de los sacrificios. Cuatro sacerdotes más se acercaron y lo sujetaron por las extremidades mientras el quinto le colocaba una collera para impedir que alzara la cabeza. El